



SAN FRANCISCO DE ASIS Y EL RENACIMIENTO

Por FRANCISCO CICCOTTI

Cuando se visita la pequeña ciudad de Asís, se piensa que sería difícil quizá descubrir en otra parte, entre todas las bellas regiones de Italia, una cuna más digna y expresiva para la dulce espiritualidad franciscana.

La ciudad, construída enteramente con la piedra rosada del Monte Subasio, sobre el cual se alza, se envuelve en delicadas y claroscuros tenues, aun durante los mediodías deslumbrantes; una atmósfera extraordinariamente transparente, ligera como la caricia de una perene primavera, permite contemplar un vasto horizonte, desde la fecunda y florida llanura de los Anghioli hasta las colinas de Cortona, entre las cuales el sol despierta sonrisas de plata en el espejo del Lago Trasimeno. Aunque muchos hombres trabajan en la llanura, ella conserva un silencio extático y sólo al caer la noche se oyen coros en sordina, cantos elegíacos que se difunden por matorrales y senderos, mientras en las callejuelas tortuosas de la ciudad y las plazoletas coronadas de torres, algunas mujeres cambian saludos, a media voz, con los transeúntes, como si todos temieran de despertar al Gran Durmiente: el Poblecito de Asís.

También la campana, en la torre de la Basílica, toca ligeramente el Angelus, en el crepúsculo misterioso, sin lograr que aparezca el fantasma esperado. Quizá sepa que en nuestra existencia moderna, escéptica y frenética, no cabría ya su milagrosa aparición.

Sin embargo, en su inconcebible humildad, fué uno de los fundadores de la nación italiana: no quiso ser un Santo Padre de la Iglesia, pero fué un Santo Padre de la Patria. Un día, cuando los italianos puedan darse cuenta de la influencia enorme que

ejerció en la formación ispiritual de Italia — y también de la Europa latina —, sus reliquias serán transferidas de la Basílica de Asís al Panteón de Roma, para que su memoria esté, como estuvo su vida, más cerca de la humanidad.

No tengo nada que objetar a la “santidad” de Francisco de Asís, ni me propongo someter a una revisión histórica la leyenda de San Francisco y las construcciones hagiográficas de la Iglesia Católica. Además, cuando se ha consentido que Juana de Arco figure simultáneamente entre los Beatos y los Héroes de Francia, no habrá ningún inconveniente en permitir también la doble ciudadanía de San Francisco, en el actual régimen de reconciliación entre la Iglesia y el Estado, en Italia...

EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA NACIONAL

Algunos historiadores superficiales y muchos críticos apresurados de la historia medieval de Italia han afirmado que sería difícil atribuir una influencia ética, artística y literaria, en la Italia crepuscular del siglo XIII, a un hombre notoriamente inculto como el hijo de Bernardone de Asís.

¿Era realmente tan “crepuscular” la noción, la conciencia de la nacionalidad italiana, setenta años antes de Dante? El despertar de Europa después del trágico y persistente letargo apocalíptico del año mil había abierto los ojos no sólo sobre la gozosa vida terrenal, sino sobre las formas concretas de la organización colectiva de la vida nueva. El concepto “nacional” del Estado había surgido y se había difundido en los cinco siglos anteriores, durante la fusión y la superposición de los nuevos elementos étnicos — las bárbaros —, con las viejas poblaciones del Imperio Romano. Galia era ya, para siempre, la tierra de los Francos y los últimos reyes normandos habían precisado (en sus tentativas de unificar a Italia bajo su dominio) la conciencia unitaria de la nación italiana. Por otra parte, esta conciencia nacional — unitaria de Italia — era necesaria a los intereses temporales de la Iglesia, que, en numerosos actos oficiales, no dejó de afirmarlo. La expresión “profectus et honor Italiae” se encuentra a menudo en los Bulas de Inocencio III, y en los “De-

cretales"; y pocos años más tarde, en Umbría y Toscana, se estipularon numerosas "Conciliaciones" entre Ciudades Dominantes y Comunas Menores — aun entre fracciones y familias adversas — con esta justificación, entre otras: que "era preciso extender la Tregua de Dios a todas las tierras y todas las gentes de Italia".

Estas estipulaciones de concordia cívica encuadradas dentro de la noción de una más amplia solidaridad nacional, fueron patrocinadas especialmente por San Francisco y los hermanos menores, quienes, en Asís mismo, presidieron a la Paz Civil del 9 de noviembre de 1210.

El argumento de la "ignorancia" de San Francisco tiene menos valor aun, respecto de la realidad histórica de la inmensa sugestión popular de la prédica franciscana.

Por cierto, el hijo del mercader de paños, Bernardone de Asís, recibió la instrucción que en su época se impartía en forma rudimentaria a la sombra de las iglesias: los sacerdotes de San Jorge le enseñaron un poco de latín y "el arte de calcular". Los rarísimos autógrafos de San Francisco que se conservan aún — como por ejemplo, el del "Sacro Convento" — atestan que apenas sabía escribir. Empero, aprendió el provenzal, la lengua de los trovadores, y esta circunstancia es de importancia capital, no sólo porque este idioma se había convertido en vehículo de los conocimientos históricos y filosóficos y de la poesía de la Europa mediterránea, sino porque el conocimiento del provenzal determinó a Francisco de Asís y a sus "compagnoni" a introducir en la prédica religiosa una reforma idiomática que tuvo una influencia enorme en la formación primitiva y en la difusión popular del idioma italiano.

EL FRANCISCANISMO Y EL IDIOMA ITALICO

Hasta los primeros años del siglo XIII, la prédica religiosa de la Iglesia Católica se había desarrollado en forma incomprensible para las masas populares. No sólo se referían a los temas de las prédicas a controversias dogmáticas y exegéticas, expuestas de acuerdo con los preceptos de la escolástica más sutil y obs-

cura, sino que los sacerdotes empleaban un latín corrompido, despreciado de las élites cultas y que no comprendían las masas, que habían elaborado ya dialectos locales sobre la vieja cepa del latín clásico. El sacerdote recitaba sus sermones en medio de un vacío esperitual, que también era a menudo el desierto en las iglesias.

San Francisco apareció y revolucionó la liturgia. Los temas de sus prédicas han sido extraídos de la vida local y contemporánea y se dirigen en forma directa a las pasiones de su tiempo. No enseña ningún dogma, no conoce a ningún rétor de la Iglesia y no puede ni desea hacer gala de doctrina. En sus labios vuelven a florecer las parábolas populares y sugestivas de Jesús, que expresan una inmensa simpatía fraternal, por todas las miserias y todos los errores de los hombres. Conduce, como si fuera por la mano, la conciencia del pecador, no hacia la promesa de las recompensas celestiales a través de los terrores del infierno, sino hacia los encantos de la bondad, a través de la repugnancia por todos los odios y las iniquidades humanas. Afirma que para merecer las alegrías del Paraíso, no es necesario el dolor de los renunciamientos, sino es indispensable alegría del corazón puro: reconciliarse con la propia conciencia, tal es el primer acto de la reconciliación del pecador con Dios.

En un siglo de místicas exaltaciones y de atroces delitos, de santos y de bandidos, de sacerdotes guerreros y de anacoretas, esta prédica franciscana fué un instrumento poderoso de restablecimiento del equilibrio, de la orientación moral, para la vuelta de los hombres a la Humanidad. Dios mismo abandonará las excelsas lejanías hieráticas para acercarse con paternal indulgencia a los hombres. El Gran Justiciero se transforma en un Patriarca.

Estas cosas suaves fueron dichas por los franciscanos a las multitudes entusiastas, en un idioma que comprendían: la llamada "vulgata", que era un idioma de los dialectos locales con el idioma provenzal, tan difundido en todas las regiones de Italia por los "troubadours", los trovadores y los ministriles narradores populares de los poemas caballerescos. Este lenguaje de los franciscanos, que fué primero una amalgama grosera y ocasional de dialectos, poco a poco — a medida que su uso se hacía más frecuente — fué elaborándose, perdió sus escorias idiomáticas: el

mismo carácter sugestivo de la prédica estimuló la busca de imágenes poéticas y de locuciones suavizadas, dúctiles, que obedecieron al calor de la improvisación.

Es singular el hecho de que los primeros vagidos del idioma italiano, al alborear el siglo XIII, fueron composiciones poéticas en que el amor de Dios vibraba al lado del amor de las mujeres; estos dos amores buscaban inspiración y desahogo en un amor pagano de la naturaleza, en un lirismo panteísta. Los “primitivos” de la lengua italiana — Jacopone da Todi, Cino da Pisapia, Guittone di Arezzo, Giovanni di Parma — fueron, en realidad, poetas y todos franciscanos.

Francisco de Asís fué maravillosamente ayudado en su gran obra de intuitivo por su ignorancia misma. Si hubiera sido un doctor de la Iglesia, la fría lógica formal de la Escuela hubiera esterilizado la límpida fuente de su ingenuidad, tan conmovedora, la elocuente espontaneidad de su apostolado. Para nosotros, las objeciones póstumas, intelectualistas, de los críticos del franciscanismo pierden toda autoridad frente a los testimonios de contemporáneos autorizados que relatan con una admiración estupefacta la eficacia prodigiosa de un sermón franciscano sobre las multitudes de Bolonia y de Florencia. Me refiero especialmente a las crónicas de Tomaso da Spalato y de los doctos juriscultos Accursus y Nicolás dei Pepoli, de los “Studi” boloñenses.

LAS ORIENTACIONES FRANCISCANAS DEL ARTE

La prédica franciscana no limitó su influencia a la formación primitiva y la elaboración del idioma italiano: sus nuevas orientaciones espirituales penetraron más profundamente aun en la evolución del Arte, que luego desembocó en el Renacimiento.

La transición de una determinada expresión de arte a otra, sucesiva, no es tan sólo una transformación de la técnica, de la forma y del color, o una orientación nueva en la busca y la representación del motivo, sino, más aún, la expresión de un nuevo sentimiento de la vida y de una gravitación del pensamiento humano sobre nuevos problemas del espíritu. Así, cada etapa de la evolución del arte se anuncia y se elabora en una nueva orientación ética, filosófica y social de la Humanidad; en un nuevo

“credo” cuyo texto ilustran pintores y escultores, traduciendo plásticamente sus imágenes expresivas.

Hacia un siglo que — disipadas las lúgubres expectativas apocalípticas que, alrededor del año mil habían transformado a Europa en un vasto coro de penitentes y salmistas —, habían aparecido los albores del nuevo sentimiento de la vida, de una concepción más optimista de la misión individual y colectiva así como de los derechos y de las posibilidades de la conciencia humana. Las “nuevas luces” habían venido en gran parte de Oriente con la invasión de los sarracenos en los países que se reflejan en el Mediterráneo y que siempre fueron estimulados por la viviente belleza de la naturaleza y el vivificante esplendor del sol, que fomentaban el gozoso amor de la vida y las concepciones optimistas de la filosofía. En las regiones que durante largos siglos fueron cruzadas por las comitivas fastuosas del joven Dios pagano, no podía haber lugar para la espiritualidad cruel del Dios Thor.

Los sarracenos, al llegar a España, al Mediodía de Francia y al Sur y las costas tirrenas de Italia, esparcieron allí los gérmenes de una filosofía neoplatónica que tendía a reconciliar, a través de la exaltación de la belleza y de los placeres de la naturaleza, a la criatura humana con la vida. Esta “gaia scienza” no solo estimulaba a los hombres a buscar en el fervor de la vida, no en las negaciones destructivas de la muerte, su perfección moral, sino que ofrecía con sus conocimientos científicos, positivos, con la enseñanza de la medicina, de la física, de la geografía, un horizonte de nuevas posibilidades y despertaba la curiosidad intelectual, el placer fecundo de las investigaciones que es una energía esencial de la civilización humana.

Encontramos a estos pensadores sarracenos en torno del trono zuavo de las Dos Sicilias, cuyo canciller fué más tarde el célebre Pierdalle Vigne; los volvemos a encontrar en las filas mismas de los Menores Franciscanos, hasta en la lejana Inglaterra: Adam de Marisco, Ricardo de Cornualles, Roberto Grossatesta y el famoso monje Roger Bacon, que, perseguido y torturado, iniciaba en el fondo de su celda la resolución de aquellos problemas del Método Científico que sólo siglos más tarde debían ser afrontados por la ciencia experimental.

En Cádiz, un árabe ilustre, el filósofo panteísta Maimónides, había fundado a fines del siglo XI una escuela platónica que fué uno de los viveros de la nueva filosofía. Bastará recordar entre sus discípulos al pobre Abelardo de la Sorbona parisiense y a Irnerio, uno de los fundadores de los "Studií" de Bolonia.

Los franciscanos — entre los cuales militaban hombres versados en las letras, como Elía y Bonaventura, y numerosos iniciados en las disciplinas científicas, como los "dottori" de Bolonia, ya citados —, los franciscanos, digo, fueron los vehículos de estas nuevas orientaciones filosóficas y el nuevo idioma popular que se habían forjado les sirvió óptimamente para divulgar las nuevas ansias de la conciencia humana despertada, para extender a toda Europa las primeras luces de esta bella aurora del Renacimiento.

Especialmente para la evolución del arte difundieron concepciones profundamente innovadoras. El arte era en su época esencialmente religioso, iconográfico y alcanzaba sus aspiraciones en los temas y los conceptos litúrgicos. La concepción teológica, apocalíptica, había inspirado el arte bizantino, más decorativo que representativo, no sólo en la escultura y la pintura, sino también en la arquitectura. Las basílicas bizantinas, bajas y téticas, estaban pobladas de santos espectrales, productos monstruosos de las maceraciones ascéticas, y las Vírgenes eran lo que debían ser una época en que la Iglesia denunciaba la belleza femenina como una insidia diabólica, un instrumento del pecado, pidiendo a los artistas imágenes espiritualizadas, espectrales, "contra las tentaciones de la carne".

Las nuevas concepciones religiosas, difundidas por las prédicas franciscanas, determinaron una verdadera revolución en la iconografía católica. Según San Francisco, los Santos y las Vírgenes no constituyen una jerarquía sobrenatural, sino una verdadera "élite" de la humanidad, de la cual representan toda la bondad y además todas las bellezas, sublimadas en una perfección que la más humilde criatura humana puede realizar en sí misma. El franciscanismo transporta a la tierra, en medio de los hombres, la Corte Celestial, con un procedimiento análogo al que permitió al mundo pagano poblar su existencia de Dioses y Genios. Es

una democratización de la Monarquía Celeste, que pone en fuga a los monstruos del Apocalipsis, que desiertan los bosques y las floridas riberas de los ríos, mientras puebla de encantadoras Virgenes, de serenos patriarcas y de sonrientes ángeles un nuevo Paraíso Terrenal abierto a los descendientes de los pecadores proscriptos, Adán y Eva.

..“**Passeggian, forse, le Madonne ancora,
le Madonne che vide il Perugino,
si belle e in atto di deità gentile?**”

La prédica franciscana abandona, repudia los temas y las representaciones teologales y afirma una marcada predilección por las imágenes y las expresiones jocundas, optimistas. El pueblo percibe la profunda novedad y califica a los secuaces de San Francisco de “juglares de Dios”. La Religión tiene sus trovadores, que a menudo elevan himnos al Creador, tocando con sus laúdes y sus mandolas las más alegres canciones populares, las “maggiolate” toscanas, que tienen un denso perfume de primavera. El fraile Egidio, que fué el “compagnone” predilecto de San Francisco, es la más bella y auténtica encarnación del espíritu franciscano, y su inmensa simpatía por la humanidad se manifiesta por una sonrisa perpetua y su apostolado se desarrolla a través de una larga serie de ingenuas jovialidades, que constituyen una de las páginas más frescas de esta infancia purísima y festiva de la literatura italiana.

Dante ha expresado en forma inmortal, en el Canto XI del “Paraíso”, esta nueva espiritualidad difundida por la propaganda de los franciscanos:

“**La lor concordia, e i lor lieti sembianti,
Amor e meraviglia e dolce sguardo
Facean esser cagion dei pensier santi**”.

Las iglesias se vacían, porque los fieles corren a escuchar al predicador franciscano que ha democratizado la religión, trasladándola del templo a la plaza y transformándola, de rígida ley confesional en noble moral universal.

Los pintores primitivos — Giotto y la pléyade de sus alumnos — casi todos franciscanos de la Tercera Orden, se empapan de estos nuevos conceptos religiosos del franciscanismo y los traducen en sus admirables composiciones. Una nueva concepción de la pintura se expresa ya en las proporciones y la perspectiva. Los pintores “franciscanos” comienzan a desdeñar los dípticos y trípticos dorados, que la pintura bizantina había confeccionado para las penumbras de los templos, para la decoración estrictamente litúrgica o funeraria de los tabernáculos y sarcófagos.

La nueva pintura sale francamente, audazmente de las sombrías naves de las iglesias a la luz del sol y da su preferencia a los grandes frescos murales, inundados por la claridad que cae de los grandes ventanales. La iconografía nueva puebla de multitudes y tipos del “folklore”, de la vida local, los cuadros sacros: santos sonrientes, curados de su lívida denutrición bizantina como por un reconstituyente, abandonan las pieles de tigre del desierto para revestir las hermosas telas de las pañerías toscanas. Los demonios y los monstruos apocalípticos desaparecen de los cuadros, de los grandes frescos, mientras bellas campesinas, villanos sonrientes y dulces niños rodean a los Santos y las Vírgenes, con quienes conversan familiarmente. El pueblo se convierte en protagonista del nuevo poema religioso y la religión se transforma en uno de los aspectos de la vida civil misma.

Entretanto, irrumpe el fervor de renovación de la vida comunal. El pueblo pone en fuga a los señores feudales, se apodera de sus castillos y organiza sus florecientes repúblicas, algunas de las cuales eligen a Jesús como Señor y Gonfalonero, presidente honorario. El pueblo derriba las angostas y siniestras iglesias bizantinas y construye él mismo — a menudo de acuerdo con modelos improvisados por la inspiración colectiva, por la colaboración genial de oscuros artífices locales — las catedrales; en su decidida preferencia por las altas ojivas, por el estilo gótico, expresa en ellas la elevación alegre y confiada de sus nuevas esperanzas hacia el cielo y hacia el porvenir.

En los pueblos más modestos surgen maravillosas catedrales, con amplias naves, porque no sirven tan sólo para la plegaria, sino que son además lugares de reunión popular, de actuación

cívica. Allí se discuten, después del sermón del Evangelio, los asuntos de la Comuna, los intereses de la República, bajo los auspicios de los santos, nombrados patronos de las diversas corporaciones, protectores de las instituciones de la libertad popular. Los descendientes de los Romanos reconstruyen el Foro en la Catedral y transforma toda la espiritualidad religiosa en una poderosa energía de la emancipación humana.

El arte del Renacimiento ha surgido, agítanse los primeros fermentos de la futura Reforma; la burguesía, en la nueva atmósfera civil, forma sus primeros núcleos, saliendo en las primeras liberaciones del servilismo de la gleba y de la humildad de las "artes menores". En esta radiosa primavera de la vida que florece al borde del Mediterráneo, todos los hombres — como dice el Poeta — tienen veinte años, y el genio latino, resucitado y rejuvenecido, sale de la necrópolis greco-romana para reconstruir toda la belleza del mundo.

LA POBREZA FRANCISCANA

El apostolado franciscano no fué solamente un magnífico aporte ético y estético al Renacimiento, sino una defensa eficaz y providencial contra elementos destructivos producidos por la misma sociedad medieval. Aludo particularmente a la acción de algunas sectas heréticas como la de los Valdenses y los "Catari" — llamados también "Patarini" —, que se proponían igualmente la reforma religiosa y social, pero con orientaciones ascéticas y pesimistas, buscando la perfección en la renuncia a los bienes de la vida.

Según los "Catari", la materia es la sede y la causa del mal: toda relación con ella debe ser prohibida, porque es una contaminación. Los "Catari" prescribían la renuncia al matrimonio y llegaban hasta el punto de recomendar el suicidio, difundiendo una serie de mitos cosmogónicos que recordaban los antiguos mitos mágicos de Oriente. Estas sectas enemigas de la naturaleza y del arte se habían extendido prodigiosamente entre los años 1100 y 1200 en la Italia Central y Septentrional, lo mismo que en el sur de Francia, atrayendo a todos los descontentos de la Iglesia y de la vida civil.

San Francisco es, en cambio, el amigo ingenuo y entusiasta de la naturaleza, el autor del "Cántico al Sol", el inspirado cantor de los pájaros y de todas las criaturas vivientes; es "el hombre de la naturaleza", que ve en su cuerpo, no al enemigo, sino al hermano y pide solamente iluminar en él las inspiraciones de la bondad, suscitando las energías libertadoras del espíritu. San Francisco no refutó con silogismos complicados o tesis teológicas las doctrinas de los "Catari": hizo resplandecer ante los ojos de sus contemporáneos un ideal encantador de la vida que irradiaba la alegría de vivir en la elevación del espíritu hacia un modelo de perfección moral, el "speculum perfectionis".

La desaparición del Catarismo pudo realizarse sin las hogueras de la Santa Inquisición, sin deshonorar con nuevos delitos a la Iglesia, gracias a la influencia del movimiento franciscano y la difusión de las doctrinas morales del franciscanismo.

San Francisco había reaccionado victoriosamente, contra otra tendencia deletérea de su tiempo: el ascetismo. El espectáculo de la corrupción y de la iniquidad del Bajo Medioevo había inducido a muchas almas sensibles a buscar la paz fuera del tumulto de la vida, y cantidades de anacoretas se retiraban a los montes, a las regiones desiertas para aislarse del mundo. El ascetismo es una concepción egoísta de la moral, un repudio de la solidaridad humana. Cuando el Mal se manifiesta e invade la sociedad humana, huir delante de él no significa amar el Bien, sino substraerle toda energía para triunfar. La misma pobreza de los anacoretas era una práctica antisocial, por cuanto no se limitaba a la renuncia individual a la riqueza, sino que significaba el abandono, y por lo tanto la destrucción universal de las fuentes de la riqueza misma.

La pobreza franciscana es muy distinta. San Francisco impone a sus secuaces la renuncia a las riquezas pero, al mismo tiempo, el amor del trabajo y estigmatiza la cobardía mendicante. Su vocación de pobreza no tiene nada común ni con el orgullo de los estoicos ni con el estúpido horror de los anacoretas por los bienes de la existencia. Podría decirse que San Francisco renunciaba a todo para poseer mejor todas las cosas, indicando a los hombres la renuncia a la avidez de poseer como medio de realzar su libertad espiritual.

Es posible que algunas degeneraciones perniciosas de la avidez de riquezas en la vida contemporánea nos ayude a comprender la fuerza de elevación civil que hay en la pobreza franciscana. Es posible que la exageración de la vida sensual y mecánica de nuestros días indique el error terrible que se oculta tras de las ilusiones sobre la alegría de adquirir riquezas mientras esta riqueza aumenta en sus expresiones y posibilidades exteriores, nuestras libertades interiores, las de nuestro espíritu, decaen y se corrompen. Muchos son los hombres que no se dan cuenta de que son poseídos por aquello que creen poseer: esta tiranía de la plutomanía destruye poco a poco en el mundo moderno las libertades del espíritu, que son las fuerzas perennes de la civilización humana.

(Conferencia dada en la Biblioteca Mayor de la Universidad de Córdoba, el 28 de Mayo de 1931).